

**LA EPOCA DE
FRANCO
(1959-1975)
La plenitud,
la decadencia,
el futuro**

RICARDO DE LA CIERVA Y HOCES

Catedrático de Historia Contemporánea

**NOTA PREVIA SOBRE ACTITUDES
Y FUENTES**

He accedido con sumo gusto a colaborar en este número de la Revista de la Guardia Civil a pesar de que soy reacio a las obras de contribución múltiple, porque temo que las discrepancias entre los diversos autores pueden producir confusión y desorientación en los lectores; pero, en fin, sólo me siento responsable de lo que escribo y no puedo negarme a decir la verdad —o mi verdad, si se quiere— cuando por todas partes se nos cuele la mentira y el error de análisis. Acabo de escribir un libro cuyo título es precisamente *Los años mentidos* (Madrid, editorial Fénix) que va ya por la cuarta edición en tres meses; y el subtítulo lo dice todo: "Falsificaciones y mentiras sobre la historia de España en el siglo XX". Creo que esas falsificaciones dependen sobre todo de las actitudes preconcebidas. Pues bien, al tratarse de la historia del general Franco y su época las actitudes se exageran, las falsificaciones se enconan, la historia se torna polémica cuando no insulto y el resultado puede ser el caos.

Voy a poner cuatro ejemplos que lo expresarán con toda claridad. El profesor Juan Pablo Fusi es un historiador universitario y moderado que ha publicado recientemente una biografía breve del general Franco traducida ya al inglés para una editorial antifranquista. No es una biografía agresiva sino relativamente serena y comprensiva; pero el autor ha creído necesario aclarar al frente de su libro que políticamente

se siente adversario del general Franco, es decir, antifranquista. ¿Y qué tendrá que ver eso con la Historia? Yo he escrito alguna vez apuntes biográficos sobre César, sobre Nerón y sobre Stalin, y jamás se me ha ocurrido advertir que soy políticamente anti cesariano, anti neroniano y anti staliniano. Lo que me interesa, a mí y a mis lectores, es la Historia que no es anti nadie ni pro nadie; no es una diatriba ni una apología sin desvirtuarse. Si el historiador se presenta como hostil a una trayectoria esencial de su personaje —la política, en este caso—, está, en mi opinión, descalificándose a sí mismo tanto como aquellos entusiastas que pedían en los periódicos de la zona nacional en la guerra civil que se pusiera una imagen del general Franco en todos los altares.

El segundo caso es más detonante. Un profesor inglés, antifranquista hasta la médula, Paul Preston, acaba de publicar un tocho descomunal en forma de libro que pretende ser una biografía del general Franco; es más, un estudio psico-histórico del general Franco, sin adentrarse en la historia de España, dice expresamente; pero califica al general Franco, desde el mismísimo prólogo, como "huésped no invitado" en la casa del autor. He redactado un tremendo catálogo con centenares de errores objetivos y subjetivos del señor Preston sobre Franco; y lo he debido resumir mucho para publicarlo en un próximo libro de ensayos míos porque si me exployo me sale un tocho semejante al de Preston, aunque bastante más divertido. Pues bien, este libro infame, que no hubiera conseguido ni un aprobado bajo en mi cátedra de Historia contemporánea, ha sido presentado a bombo y platillo en el Instituto español de Londres, pagado con el dinero de todos los españoles, y mucho me temo que su versión española reciba los plácemes y la adoración de muchos críticos que seguramente no se habrán atrevido a enfrentarse con sus páginas desenfocadas. En mi ensayo advertiré que la psicohistoria es un genial invento de Isaac Asimov, pero no como clave de sus libros históricos, como el muy interesante que dedicó al Imperio bizantino, sino como núcleo de su saga de ciencia-ficción. Eso es también el libro de Preston; un ladrillo de ciencia-ficción sobre el general Franco.

Sin embargo, no crean mis lectores que todas las aberraciones sobre Franco se cometen en el campo antifranquista. He publicado hasta hoy cuatro biografías de Franco, sin contar una que me pidió el diario ABC y la fui publicando normalmente por entregas semanales con cierto éxito; el número dominical en que apareció la primera entrega fue el primero en la historia

casi centenaria del periódico en que éste superó el millón de ejemplares. Pero me salió una sinfonía incompleta; cuando llegamos al para mí sencillísimo, pero para el ABC escabroso problema de las relaciones entre Franco y don Juan de Borbón, la dirección del diario empezó a manipular y modificar mis textos con tal descaro que hube de retirar mi nombre de la publicación y desentenderme de ella. Ese diario, como saben mis lectores, defiende ardientemente la libertad de expresión pero la practica, como acabo de decir, de forma bastante original.

El cuarto y último caso tampoco se refiere al campo radicalmente antifranquista, sino al relicario de las esencias del franquismo, la llamada Fundación Francisco Franco. En ella se conserva una importantísima documentación del archivo de Franco, que me parece imprescindible para acometer, a estas alturas, mi quinta y última biografía del Caudillo. Pues bien, pedí y obtuve autorización para investigar en los fondos de esa Fundación; pero al cabo de pocos días, con pretextos falsos y especiosos, me dieron con la puerta en las narices sin acordarse de que fue el propio Franco quien me seleccionó para preparar y publicar su biografía en 1971. Por lo visto alguien en esa Fundación no me perdona haber sido ministro de la Monarquía democrática, o es que allí se sienten algunos más franquistas que Franco. Me volví a tropezar, por tanto, con la saga de Asimov, que como recuerdan mis lectores se titula precisamente "La Fundación".

En resolución, las actitudes de los diferentes historiadores y de los diferentes depositarios de algunas fuentes y la documentación sobre Franco parecen estar empeñadas en que no se haga auténtica historia sobre Franco, sino en proyectar en su figura las propias frustraciones, exageraciones y retorcimientos. Sentada esta realidad, voy a apuntar algunas líneas de orientación sobre la segunda parte de la historia del franquismo, sin la más mínima relación con lo que otros autores puedan decir o haber dicho en este mismo número sobre las etapas anteriores o posteriores a la que se me ha acotado. No conozco además previamente esas contribuciones, a las que por tanto no me cabe juzgar, sólo desentenderme de ellas por completo.

EL CANOVAS DE LA SEGUNDA RESTAURACION

En 1953 el general Franco, que había jugado con habilidad innegable sus cartas estratégicas

y su excelente información exterior, consiguió el reconocimiento simultáneo de los Estados Unidos y del Vaticano. Realmente el régimen del general Franco estaba formalmente reconocido por los Estados Unidos desde 1939 (y para el vital suministro de carburantes desde el mismo verano de 1936) y por el Vaticano desde 1938, aunque también contaba desde 1936 con un representante oficioso del Papa en el territorio nacional. Pero los acuerdos de 1953 con los Estados Unidos y el Vaticano se interpretaron como algo más profundo; un historiador antifranquista, Max Gallo, los calificó nada menos que de "segunda victoria". Esos acuerdos se firmaron cuando el régimen de Franco había conseguido ya, desde dos o tres años antes, el despegue de la economía cuyas cifras más significativas —la renta per cápita ante todo— recuperaba el nivel soñado en que la había dejado el régimen del General Primo de Rivera en 1930 y que luego hundieron en el abismo la República, la guerra civil y la hostilidad internacional atizada por el revanchismo de la Unión Soviética. Pero yo debo empezar mi síntesis en 1959; sólo me refiero a esa "segunda victoria", tan lamentablemente interpretada hoy, como un antecedente obligado porque los períodos históricos no arrancan arbitrariamente de una fecha.

En 1959, con el acertadísimo Plan de Estabilización, que ya era un plan previo de desarrollo, la economía española empezó su crecimiento espectacular que no se detuvo en todo lo que restaba de la historia de aquel régimen. Empezaba, para el régimen, la fase que he llamado de plenitud sencillamente porque lo fue, y que se extiende a toda la década de los sesenta, a la que un autor antifranquista denominó, para zaherir al régimen, pero dedicándole un gran elogio involuntario, "la década prodigiosa". El primer lustro de los años setenta continuó el crecimiento económico, pero las incertidumbres sobre lo que entonces se llamaba "el desarrollo político" provocaron la duda, la pérdida de fe del régimen en sí mismo y en definitiva la involución. No precisamente ahora, sino a raíz de los mismos sucesos, titulé esa etapa en el segundo volumen de mi "Historia del franquismo" (Planeta, 1974-1977) de forma significativa; "Los anales de la degradación" que arrancaban, me parecía entonces como ahora, de la incalificable "crisis Matesa", en octubre de 1969.

Pero la degradación y la involución, que no impedían el crecimiento económico, el pleno empleo y la transformación social, coexistían con una clara orientación de España e incluso de Franco y su régimen, hacia el futuro, per-

sonificado a partir del año 1969 en la figura del entonces Príncipe de España. Estos tres movimientos históricos —plenitud, decadencia, futuro, que se interpenetraban en lo económico y social y se identificaban en el caso de los dos últimos— me parecen la clave histórica del período que me toca presentar, 1959-1975. Aunque ahora esté de moda abominar en bloque de ese período, renegar de él, atribuir a la oposición radical al régimen (aunque prácticamente no hizo nada) la capacidad de orientación hacia el futuro. Esto me parece una aberración histórica. La orientación hacia el futuro nació del propio régimen, como voy a explicar más de cerca. Se ha dicho que no hubo ningún Cánovas para la segunda Restauración, aunque muchos se disputaron ese puesto. Hubo un Sagasta relativamente tardío, que fue o bien Adolfo Suárez o bien Felipe González. Aunque muchos pondrán el grito en el cielo, yo debo afirmar, con la Historia en la mano, que si alguien se empeña en encontrar un Cánovas para esta segunda Restauración, no hallará otro que Francisco Franco, quien, como Cánovas, seleccionó al candidato al trono, descartó a los progenitores del candidato, le formó cuidadosamente mediante instrucciones escritas y orales, le acompañó en sus primeros pasos hacia el futuro, le propuso pública y solemnemente a la nación y consiguió la aquiescencia de una gran mayoría de españoles para ese candidato. No lo digo por ganas de retorcer la Historia, sino mediante el trazado de una analogía histórica objetiva sobre los rasgos que acabo de citar.

LA PLENITUD

Entre 1959 y 1969, por tanto, discurre la época que he denominado plenitud del régimen de Franco. En la primera de esas fechas dio la vuelta al mundo el abrazo de los generales Franco y Eisenhower en la plaza cercana a Barajas, que hoy lleva el nombre del segundo. Franco llamaba Cruzada a la guerra civil que ganó en 1939; Eisenhower tituló "Cruzada en Europa" a su libro sobre la "operación Overlord" y la subsiguiente victoria contra Alemania. El General Vernon Walters, que es el militar que aparece en la famosa fotografía del abrazo en medio de los dos estadistas, a quienes sirvió de intérprete, nos ha dejado su vital testimonio en un libro del que se habla absurdamente poco, "Misiones discretas" (Planeta) sobre el que volveré al hablar del futuro, pero que deja bien clara la cordialidad e incluso la identificación de los dos generales en los puntos más impor-

tantes de su diálogo. Y es que Eisenhower fue el adalid principal de la lucha de Occidente contra el comunismo, y Franco había sido el primer vencedor del comunismo gracias a su victoria en la guerra civil.

Este punto, que hoy está enmascarado y ahogado bajo un aluvión de desinformaciones, me parece de primordial importancia. La guerra civil española no fue una victoria contra la democracia, entre otras cosas, porque la República española no fue democrática, como creo haber mostrado claramente en mi citado libro "Los años mentidos". Testigos directos como El Campesino, Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado, que fueron comunistas fervientes, y el gran historiador norteamericano Burnett Bolloten, han demostrado que en la zona mal llamada republicana los comunistas fueron logrando poco a poco el poder militar y político, que trataron de asegurar a principios de marzo de 1939 con su golpe de Estado para apoderarse del Ejército Popular. Documenté este golpe en mi libro de 1989 "1939, agonía y victoria", único libro español en 75 años que ha merecido una reseña detallada en la revista internacional "Time", y pido perdón por estas citas, que sólo se deben a mi deseo de que el lector interesado amplíe estas breves notas. Pues bien, el comunismo internacional al que venció Franco era exactamente el mismo contra el que se enfrentó Eisenhower, y desde proyecciones estratégicas muy semejantes. Lo que pasa es que la penetración comunista en el mundo informativo y cultural de España ha sido (y sigue siendo) muy extensa y profunda, con rasgado de vestiduras al menor pretexto, lo cual naturalmente me tiene sin cuidado. Ahora mismo, por ejemplo, las terminales comunistas ocultas en medios de comunicación que se creen de derechas están camuflando la insurrección marxista y clerical de Chiapas, dirigida por clérigos marxistas, como una elevada reivindicación del indígena "zapatista", sin decirnos que el pobre Emiliano Zapata no tiene absolutamente nada que ver en aquella procesión de curas politizados y trabucaires.

Franco y su fiel segundo, el Almirante Luis Carrero Blanco, entregaron el poder económico desde 1957 a un equipo que se llamó de "tecnócratas", cuyos miembros pertenecían a una asociación religiosa llamada Opus Dei. Esta asociación insiste en que como tal nada tuvo que ver en aquella orientación política, pero no conseguirá hacernos comulgar con sus acreditadas ruedas de molino. Dejando aparte, sin embargo, esta cuestión político-religiosa, lo cierto es que el equipo del Opus Dei era el

más preparado y clarividente que entonces existía en España; supieron además ganarse, por vías atípicas, la voluntad y la protección del Almirante Carrero y plantearon con eficacia que no cabe regatear la transformación de España. Ahora no voy a entrar en estadísticas, que pueden verse en cualquier libro de historia no escrito del revés, que los hay. Pero el hecho es que esa transformación conseguida durante la época que he llamado de plenitud del régimen fue la más profunda y beneficiosa lograda en toda la historia moderna de España, y además no fue un cambio casual, ni simplemente a rastras de la coyuntura europea favorable, sino una transformación planificada, consciente, fomentada por el común acuerdo del Estado y la sociedad, con el protagonismo, mal estudiado, del estamento empresarial español. Creo que los libros del profesor Laureano López Rodó, junto con las diversas publicaciones del profesor Juan Velarde, son las mejores demostraciones de lo que acabo de indicar.

Al término de esta etapa de la plenitud, España había pasado de ser un país agrario a convertirse en la décima potencia industrial del mundo. Su crédito internacional estaba saneado y se respetaba en todas partes. El turismo era ya la primera industria del país. Las clases medias —auténtica obsesión social del general Franco, que las invocó en su discurso del 1 de octubre de 1936 por la radio de Burgos— se habían ampliado enormemente, con lo que por primera vez en la historia de España el advenimiento de la democracia era factible, tesis que me parece clarísima, aunque pone muy nervioso al profesor socialista Elias Díaz; pues sosiéguese y reflexione sobre los datos y no sobre los prejuicios. El analfabetismo, antes de importancia, había desaparecido prácticamente de España; la cifra de centros de enseñanza primaria, secundaria y universitaria se había multiplicado por factores nunca soñados. Y todo esto con pleno empleo y prácticamente sin impuestos. Visto desde la situación actual, con cerca de cuatro millones de parados, la corrupción rampante e impune y los impuestos que nos abruman, esa etapa de plenitud del régimen de Franco parece un cuento de Jauja, pero fue un capítulo de Historia. Claro que también hubo rasgos de corrupción, y muchos trabajadores en Alemania; pero las sombras no anulan, sino que hacen resaltar los valores del cuadro.

LA DECADENCIA

En 1969 continuaba el desarrollo y también muchos rasgos positivos de la época anterior;

pero el régimen de Franco empezó a dudar de sí mismo. Ya a finales de 1966 el propio general Franco llegó a temer que el referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado pudiera resultarle adverso, lo que impulsó al Gobierno a manipularlo e impedir cualquier oposición pública; pero luego el éxito sorprendió a la propia empresa y demostró que, pese a los defectos formales de la consulta, aquel referéndum no sería democrático, pero sí enormemente popular y representó un endoso al régimen y al general Franco, que debió aprovecharlo para encarar abiertamente el futuro. No lo hizo (salvo la acertadísima selección del Príncipe don Juan Carlos, en quien estaba el futuro) y por eso el período 1970-1975 puede calificarse como "los anales de la degradación", título que escogí para esos años en mi "Historia del franquismo".

El primer aviso que inquietó seriamente al régimen había ocurrido en época muy anterior; la llamada rebeldía estudiantil de 1956, provocada y atizada por el partido comunista clandestino, que se escondía bajo las reivindicaciones de un inquieto intelectual falangista, Dionisio Ridruejo, que ha dejado completamente claro el episodio en sus importantes Memorias. Sin embargo, el éxito del desarrollo ahogó aquella primera erupción y fue el propio régimen quien a partir de 1969 dudó de sí mismo y se desmoronó por dentro, aunque la oposición radical, de signo socialista y comunista, se haya querido apuntar después el tanto, con escaso sentido de la realidad y aun del ridículo. El partido socialista no hizo apenas nada significativo; sólo empezó a recibir adhesiones de cierta importancia a partir de 1974. El partido comunista se presentaba como vanguardia e impulso de la oposición total, pero no consiguió movilizaciones obreras ni estudiantiles ni populares grandes ni pequeñas, como pudo advertir él mismo en su dramático fracaso electoral de 1977. ¿Quién fue entonces la fuerza del cambio?

No fue una fuerza exterior, sino un vacío interior. El general Franco había puesto, como vamos a ver, los jalones del futuro, pero se aferraba a la rutina del pasado. El Almirante Carrero hubiera podido, sin duda, pilotar la transición con ayuda de su equipo del Opus Dei; pero su desaparición violenta convierte esa posibilidad en un futurible de inútil discusión. Es muy curioso que ya desde los años sesenta se destacó un ala antifranquista del Opus Dei, dirigida por el profesor Rafael Calvo Serer, en un movimiento cuyas pistas principales pueden detectarse en las entrecortadas memorias de Manuel Fraga Iribarne.

Pero no fue este destacamento antifranquista del Opus Dei, sino la propia reorientación de la Iglesia española, impulsada políticamente por el Vaticano de Pablo VI, el factor principal para el desmoronamiento del régimen, para quien la Iglesia había sido un pilar después de que Franco la salvó de la aniquilación en la guerra civil. Monseñor Giovanni Benelli fue el promotor de esta reorientación por medio del nuncio monseñor Luigi Dadaglio, luego desautorizado por el Papa Juan Pablo II, cuando ya era tarde. La Santa Sede, en una flagrante intervención política que aún no se ha analizado suficientemente, pretendió dominar el futuro de una España democrática mediante la creación de una Democracia Cristiana afín a la socialdemocracia. La figura clave para este proyecto fue la del ex ministro de Franco Joaquín Ruiz Giménez; pero el electorado español demostró muy pronto una alergia aguda hacia este partido vaticanista que no logró la más mínima implantación electoral más que como parásito de otras formaciones. Sin embargo, el "despegue" de la Iglesia española, dirigida por una minoría audaz e implacable, constituyó, a mi entender, el principal elemento para el vaciado interior del régimen de Franco.

Al observar cómo el régimen se debatía en la involución, un grupo importante de personajes públicos que le habían servido lealmente inició lo que se llamaría luego "movimiento de apertura" encabezado por el ex ministro Fraga Iribarne. Uno de los promotores de la apertura fue el joven ingeniero y dirigente del sindicato universitario falangista, Rodolfo Martín Villa, quien con toda razón ha establecido en su libro-testimonio que los aperturistas integraron la fuerza política eficiente para la transición. A ellos se debió, ya desde fines de los años sesenta, al movimiento de reforma que pretendía respetar formalmente a las Leyes Fundamentales del régimen para impulsar su evolución a la democracia. Y esto fue lo que se hizo; la oposición radical, bajo la bandera de la "ruptura" actuó solamente de comparsa, aunque en 1982 se alzara con el santo y la limosna.

EL FUTURO

Pero si la decadencia del régimen empezó en 1969, en esa misma fecha se abría también dentro del propio régimen el futuro. Dos elementos del futuro actuaban ya desde varios años antes: el turismo, que puso en contacto físico a los españoles con millones y millones de extranjeros, y la comunicaciones —sobre todo cine y televisión— que nos acostumbraban a la forma

de vida democrática cultivada en las naciones de nuestro mismo entorno histórico y cultural. La pedagogía ejercida en este sentido por el cine y las series americanas de televisión no se ha estudiado, pero fue innegable. Hasta que los españoles empezaron a preguntarse: ¿Y por qué nosotros no? Fue entonces cuando Manuel Fraga Iribarne, y por vías diferentes el equipo Carrero del Opus Dei, empezó a difundir la idea y el proyecto del llamado desarrollo político, de acuerdo con una tesis clara: el grado de desarrollo económico y cultural que se había ganado la sociedad española por su propio esfuerzo exigía necesariamente un planteamiento democrático de la política, para el que esa sociedad parecía preparada ya, por vez primera en la historia, gracias a la desaparición del llamado "proletariado" sustituido por una ancha expansión de las clases medias, que siempre han constituido históricamente el fundamento de los sistemas democráticos.

Las mentes más lúcidas del régimen conocían e incluso promovían esta posibilidad, que se apoyaba necesariamente en la Monarquía del futuro, encarnada en la persona del príncipe Juan Carlos. Esta evolución está absolutamente clara en un libro esencial: "La larga marcha hacia la Monarquía" de don Laureano López Rodó (Ed. Noguer).

En cambio, un sector de la oposición radical al régimen, integrado en su mayoría por descontentos, resentidos o desahuciados del propio régimen, se empeñó en imponer a los españoles, como titular de la nueva Monarquía, a la noble figura de don Juan de Borbón, padre de don Juan Carlos. En nuestros días el director de ABC, Luis María Ansón, con Alfonso Ussia y un puñado de fieles juanistas que no llenarían la sala de un minicine, se ha empeñado en presentarnos una figura ficticia del Conde de Barcelona, que no se sintió demócrata hasta que se lo aconsejaron al final de su vida política quienes tampoco habían profesado la democracia; y que, además, se había mostrado completamente de acuerdo con el general Franco en la guerra civil (cuando pretendió por tres veces servir en el Ejército nacional) se había identificado una y otra vez con el caudillaje de Franco y con las Leyes Fundamentales hasta bien entrados los años sesenta y había pretendido, aunque algo tarde, ser el Rey del

Movimiento. Pero Franco no le había perdonado el segundo de sus Manifiestos que le pusieron a la firma en 1947 (comprendió en cambio el de 1945) y desde ese año 1947 había decidido ya "in pectore" que su sucesor a título de Rey sería don Juan Carlos. Estas complicadas relaciones entre Franco y don Juan, manipuladas y tergiversadas por los juanistas y por medios del Opus Dei de forma flagrante e intolerable, las he expuesto en mi libro "Franco y don Juan, los reyes sin corona" (editado por la revista "Epoca" después de publicarlo por entregas semanales) con un acopio de documentos que descalifica a los manipuladores.

Pero es que el propio general Franco preparó conscientemente el futuro de España para cuando él desapareciera. Esto queda completamente claro en dos libros fundamentales; el citado del General Vernon Walters, según el cual Franco dio seguridades al presidente Nixon sobre el futuro democrático de España; y las conversaciones de Franco con su pariente y ayudante Francisco Franco Salgado-Araujo, en las que se muestra cabal conocedor del proyecto de los Estados Unidos para la transición democrática de España, basada en un partido de centro y un partido socialista. El propio Rey don Juan Carlos ha revelado, en sus testimonios a José Luis de Vilallonga y a la periodista inglesa Selina Scott este designio de Franco, quien conocía perfectamente la orientación democrática que iba a tomar Juan Carlos como Rey (entre otras cosas porque el Príncipe la había manifestado de forma expresa en los Estados Unidos). Si Franco hubiera querido oponerse a esa orientación hubiera prescindido del Príncipe de España en favor del esposo de su nieta, Duque de Cádiz, como pretendían algunos influyentes personajes del régimen a partir del año 1972.

En los estrechos límites de este ensayo no puedo explayarme más sobre las líneas fundamentales que acabo de trazar. Naturalmente que puedo equivocarme, pero vivo entre los documentos y los testimonios de la Historia y estoy por mi parte completamente seguro de que la realidad está más próxima de esta reconstrucción que de las descalificaciones arbitrarias de otros intérpretes para quienes el antifranquismo es un conformismo o se asume tras un interesado y lucrativo viraje al margen de la realidad.